

La intuición artística

MALVINA ROSA QUIROGA
Universidad Nacional de Córdoba

Para situarnos frente al problema del arte, debemos partir del hecho esencial de la “aprehensión” de *lo bello* por medio de un acto espiritual cuya “especificidad” nos corresponde demostrar, a fin de no caer en la esfera de los valores éticos o prácticos, o en una teoría del conocimiento que, sin desentrañar su esencia, restaría méritos al arte.

La historia de la *estética* ha sido una continua búsqueda de este proceso espiritual.

Los griegos tuvieron la visión luminosa de la Belleza, pero confundieron muchas veces sus resplandores con los de la Verdad y del Bien. Aquellos que no alcanzaron su visión (sofistas), confundieronla con lo útil, rebajándola a un simple medio. El mismo Platón quiso usar del arte como de una *pedagogía*, en su República ideal. Mas, a pesar de este desvío que sólo se refería al arte, nos dejó su método dialéctico para alcanzar el *a priori* de la Belleza, que él identifica con el Bien. Es que conoce “una pequeña ciencia de amor”, un progreso espiritual en el que entran todas las potencias, una *dialéctica del corazón*, la cual, por medio de la “reminiscencia”, reconoce súbitamente la “idea” de la Belleza reflejada en las cosas que participan de ella.

Este proceso es superior al del largo camino de inducción —dialéctico-lógico— que sirve para alcanzar el *problema de lo bello*, cuyo ápice está representado por un juicio en boca de Sócrates: “Las cosas hermosas, por la hermosura son hermosas”, es decir, por la participación en la Belleza Eterna.

Hasta qué punto hay en Platón “dos” formas de “dialéctica” —que acentuará más tarde Plotino, en las tres vías para ascender al Uno— se ve en el caso de Hipías que, como ciego a la belleza, no logra dar su definición ni con la ayuda del Maestro que enseñaba a dar a luz

los conceptos. Pero la teoría de la reminiscencia, viciada por una metafísica errónea, no podía explicar satisfactoriamente la génesis del conocimiento ni de la intuición estética, dejando confusos, además, los límites de ambos procesos espirituales, es decir, su "especificidad".

No es otro el problema de la estética moderna, resuelto de diversas maneras por los filósofos, pero acentuando todos el carácter de "intuición" o "visión". Veamos cuáles son las soluciones que ofrecen mayor interés.

Si en Platón el conocimiento lógico y la visión intuitiva partían de la "reminiscencia", se diferenciaban luego en el ulterior proceso gracias a una propiedad del objeto que era quien inspiraba ese ardentísimo amor hacia lo Bello.

Los grados de la belleza relativa son descriptos en *El Banquete* y en el *Fedro*, a semejanza de un proceso inductivo lógico, pero, desde el momento que es considerado con la dialéctica lógica, se cae en la "definición" de lo bello, en la *ciencia estética*. Ya no tenemos "intuición" o "visión", aunque ésta haya sido *necesaria* como *punto de partida*.

Los ciegos de nacimiento no pueden tener intuición de la luz; así los ciegos para la belleza no podrán definirla jamás. Por eso hemos dicho alguna vez: "¿Cómo convenceríamos a un avaro que el prado está lleno de monedas de sol"?

Con el advenimiento de la filosofía *idealista* se presenta de nuevo el problema en forma insoluble. No existiendo la "belleza en sí", fuera del espíritu del hombre, es necesario, más que nunca, diferenciar la "intuición lógica" de la "intuición estética".

Esta indagación ha traído una profundización del tema que resulta provechosa aún para los que estamos convencidos que la Belleza es uno de los trascendentales divinos.

Veamos, pues, dos posiciones opuestas dentro del *idealismo*, acerca de la caracterización de la intuición estética, en Benedetto Croce y en Cleto Carbonara. La brevedad de este trabajo no nos permitirá examinar sino los conceptos que destaquen con mayor nitidez el tema.

Dice Croce en su *Breviario de Estética* (pág. 142): "El arte es intuición pura o expresión pura, pero no intuición intelectual a lo Schelling, ni logicismo a lo Hegel, ni juicio como en la reflexión histórica, sino intuición limpia de concepto y de juicio, la forma auroral de conocimiento, sin la cual no podemos comprender sus formas ulte-

riores y complejas. Para que nos demos cuenta del carácter de totalidad que hemos señalado en la expresión artística, no es preciso que nos salgamos del principio de intuición pura, ni que introduzcamos en él correcciones o, lo que es peor, añadiduras eclécticas, bastándonos con que, sin salir de sus confines, observemos con el mayor rigor la riqueza de este principio, profundizando en él el magno tesoro que encierra y que contiene. De modo semejante, otra vez, contra los que afirmaban que el arte no es intuición, sino sentimiento, o no sólo intuición sino sentimiento después, y reputaban fría la intuición pura, pudimos demostrar que ésta, precisamente por estar limpia de sugerencias intelectuales y lógicas, estaba también llena de pensamiento y de pasión, dando forma intuitiva y expresiva a todo estado de ánimo, guardando todo calor bajo aquella forma aparente. Toda verdadera creación de arte es intuición pura, a condición de ser pura intuición lírica”.

En primer lugar hacemos esta crítica: hay una confusión entre el primer momento de la “visión”, y el segundo de la *realización* de la obra artística, que Croce llama “expresión”, los cuales no pueden identificarse por estar separados en el tiempo, y ser, este último, susceptible de reflexión en muchos casos.

Conocida es la doctrina de Croce, respecto a que el conocimiento primero de la humanidad, lo mismo que el del niño, es un conocimiento “poético”, por “imágenes”, el que más tarde se cambiará en el conocimiento “conceptual”.

No hay, dice Croce, más que dos tipos de conocimiento, en el capítulo III de la *Estética* (pág. 32): “*Oltre queste due forme, lo spirito conoscitivo non ne ha altre. Intuizione e concetto lo esauriscono completamente. Nel passaggio dall’una all’altro en el ripassare dal secondo alla prima, s’aggira tutta la vita teoretica dell’uomo*”.

De tal modo, la intuición artística que, por un lado, es presentada como alógica, sirve de base al concepto: es el principio del conocimiento, cosa que invalida, a nuestro modo de ver, su alogicidad. Así en la página anterior Croce había explicado: “*Il rapporto tra conoscenza intuitiva o espressione, e conoscenza intellettuale o concetto, tra arte e scienza, tra poesia e prosa, non si può significare altrimenti se non dicendo ch’è quello di un doppio grado. Il primo grado è l’espressione, il secondo il concetto: l’un può stare senza l’altro, ma il secondo non può stare senza il primo. Vi è poesia senza prosa, ma non*

prosa senza poesia. L'espressione è, infatti, la prima affermazione dell'attività umana".

Por una certeza de origen empírico, por propia experiencia, negamos esto. La prosa existe completamente separada de todo proceso poético, aunque en algunos casos puedan unirse.

El mismo Croce, en su *Breviario* (pág. 29) nos dice: "El arte se disipa y muere cuando de la idealidad se extraen la reflexión y el juicio".

Contra esta teoría de la "auroralidad" de la intuición artística se pronuncia Carbonara en *Del bello e dell'arte* (pág. 87, cap. VI): "*Perchè noi possiamo ritornare sulla definizione dell'arte e ritrovare nell'intuizione il suo principio costitutivo, è necessario dimostrare come il concetto d'intuizione, speculativamente interpretato, sta ad indicare non già una fase prelogica e primitiva dello spirito, come teoresi dell'individuale concreto, ma piuttosto il momento sopralógico e sopradiscorsivo dell'idea, nel quale soltanto si coglie il reale perfettamente individuato e concreto. Per giungere a tale dimostrazione, dobbiamo, preliminarmente, esaminare la dottrina del Croce, per il quale appunto, pur nella circolarità della vita spirituale, l'intuizione rappresenta di questa il momento aurorale*".

Disiente, pues, Carbonara con el pensamiento de Croce, en forma esencial, a pesar de que para ambos es un acto espiritual. Así se expresa en contra de la alogicidad de la intuición crociana (pág. 88): "*Dal primo punto di vista notiamo subito che nei domini del pensiero, o meglio della nostra attività teoretica, un oggetto, che sia un'immagine perfettamente individuata e concreta e insieme si presenti alla coscienza in una fase aurorale, prelogica dello spirito, e semplicemente introvabile*".

Y agrega en seguida: "*La cognizione dell'individuale non può fare a meno del discorso razionale, della sua consapevolezza critica e del suo discernimento, della presenza infine della logicità e dell'idea*".

Esta discursividad, esta inducción lógica necesita subsumir lo múltiple en la unidad de la "idea" o "intuición" (para Carbonara ambas son idénticas), a fin de lograr esa supradiscursividad que debe caracterizar la intuición estética, como una superación de lo múltiple.

Este es, precisamente, el conocimiento superior, el conocimiento noético.

Veamos la solución que propone en su estética (pág. 97): "*L'atto*

intuitivo non sopprime, ma conserva e supera la molteplicità degli elementi intellettuali, rivivendoli in funzione dell'unità dell'idea, che regola e dirige il suo divenire.

“Superare qui significa, appunto, conservare in funzione d'un principio, che stabilisce l'unità nel molteplice: e il molteplice confluisce nell'unità senza cancellarsi; e l'uno è la concreta unità del molteplice (di quel molteplice), non l'astratta e poverissima unità negativa dell'esperienza mistica. L'idea (o intuizione) presiede al lavoro dell'artista, ne dirige lo sviluppo, fa in modo che le sue convinzioni, la sua cultura, la sua tecnica, infine tutto il suo mondo infinitamente complesso si dispieghi e si attui in vista di ciò che l'artista vuole, con la sua opera, rendere concreto e significare”.

“In atto è certamente tale unità, che è l'essenza dell'atto estetico e senza la quale non vi sarebbe arte: essa, infatti, l'attività dell'artista vuol significare; ma in atto è egualmente la molteplicità, che si unifica nell'idea e in essa si supera, per ritrovarsi nell'organicità e coerenza del fantasma poetico, destinato a vivere come per sè”.

Carbonara no ha logrado superar la intuición crociana. Ambas caen bajo las formas del conocimiento conceptual, mejor dicho, de la gnoseología. No han logrado darnos la esencia de la intuición estética pues, ya sea partiendo de una “intuición auroral” (Croce), o del ápice de la “idea supradiscursiva” (Carbonara), estamos dentro del concepto. Esta *unidad* no puede ser sino la “verdad”, la “evidencia”, la captación del *ser*. No se han delimitado las esferas de ambos objetos: estético y lógico.

Dependiendo esta diferencia de la valoración que hace el hombre, y no del objeto mismo, queda el problema sin solucionar; además, debemos recordar que, aun admitiendo la existencia objetiva de la belleza, subsiste el problema de su captación.

A nuestro entender, esta dificultad ha tenido feliz solución en el libro reciente: *El hombre, medida de las cosas*, del profesor Dr. Juan Antonio Ahumada. En el último capítulo, refiriéndose a la “representación” que en este caso podría identificarse con la “intuición estética”, dice (pág. 241): “El estado de contigüidad —mundo de la representación— es, pues, una manera primaria del conocimiento. Pero no manera *incompleta*. En cuanto representación, se concreta con todos los elementos que a su vez, respectivamente, tienen el juicio y el concepto: esto es, con un sujeto, un objeto y una correlación. Pero su

objeto no es el ser sino el *devenir*; su objeto no es la *esencia* de las cosas, sino las *cualidades* de las cosas.

“De ahí que el conocimiento primario (primario por naturaleza y por génesis antropológica), sea el conocimiento poético mismo. Este conocimiento no se constituye por contigüidad, entre el *ser* del sujeto y el *ser* del objeto, sino por la contigüidad de la *actividad* del *sujeto* con la *cualidad* del *objeto*. De ahí que no logre el modo conceptual sino el estético; de ahí que no abstraiga el *ser*, sino el *devenir*”.

Como efectos de esta “representación” tenemos los caracteres esenciales de la intuición estética: inteligibilidad, subitaneidad, novedad y goce estéticos, que la hacen inconfundible con todo proceso conceptual. Esta es la posición personal que sostiene el citado profesor, en su cátedra de Estética de la Universidad de Córdoba. El libro merece un detenido estudio (especialmente de los capítulos finales) por sus diversas y apasionantes conclusiones, aunque no participemos de la *interpretación simbólica* del “pecado original”.

Ya Vico había tratado de sortear ese obstáculo con un criterio ortodoxo, al definir, de modo indubitable, que el conocimiento *auroral* se refería a los pueblos gentiles, caídos en la barbarie, y no al hombre creado en el Edén. Sus “bestiones” son ya descendientes de Caín o de los hijos malditos de Noé.

Retomando el hilo del conocimiento estético, leemos en *El hombre, medida de las cosas*: “Se trata, pues, de un conocimiento cualificante. De un conocimiento que fija o polariza *instantes significativos* de los objetos. De ahí el carácter antropomórfico, totémico y tabúico que tiene la representación para el niño y para la mente en estado primitivo. El mundo y la naturaleza son, así, un reino animado: un reino a-conceptual, fundamento mismo de toda actividad trológica”. Luego pregunta: ¿“Ese reino es real o está constituido por meras formas del espíritu?”

A esta pregunta responde con la siguiente respuesta, que transcribimos por ser ella el fundamento de esta posición, lograda después de un prolijo y largo estudio del “conocimiento racional” o lógico: “El análisis de la creación artística supone la existencia de un *a priori* espiritual que se fundamenta en la aprehensión, por la intuición, de las *cualidades* de los *objetos*. Es indudable, entonces, que se trata de un reino real; de un reino que no *inventa* el pensamiento al analizar la esencia y el origen del conocimiento. Por otra parte, si el espíritu

no lograrse la aprehensión del devenir, no podría tener *sentido* la continuidad del yo, ni el proceso de la historia. Por el contrario, si el devenir fuera captado por modo lógico, por el modo específicamente propio del juicio, el devenir sería todo *ser*, puro ser. El devenir sería simple polaridad sin alternativas, sin discontinuidad ni variedad accidental de las sustancias. Y todas las sustancias se resolverían en un puro presente, en una eterna y estática inocuidad de sentido. No podría, el hombre, tener otra dimensión que la dimensión del espacio puro: es decir, nunca habría trascendido de un estado orgánico semejante al que se le puede atribuir al vegetal". Vemos reconciliados, pues, aquí, en las dos formas de conocimiento: el lógico y el estético, a Parménides y a Heráclito; pero no descartando el uno al otro, ni sobreponiendo el valor del juicio científico al estético, sino demostrando la especificidad de cada uno y la condición del hombre para ambos, por su naturaleza doble de espíritu y materia.

Nosotros proponemos agregar esta interpretación, aunque seamos tachados de dogmáticos: la intuición o representación estética es un don preternatural en el cual está implícita la racionalidad. El goce que acompaña la contemplación de la belleza no está turbado por el desorden de las pasiones. (Punto de vista del cual partimos en un trabajo inédito sobre *La trascendencia del arte*).

El hombre no puede extasiarse en esta intuición, sino transitoriamente, después de la "culpa", y en tanto logra reducir a "idealidad" su vida práctica. Y esto, como es un "don", no puede conseguirse a voluntad, a pesar de estar implícito en su naturaleza. Tal el alcance de la intuición poética o lírica, plena de sentido y de grandeza.

Nuestra crítica a la teoría de la "intuición" del gran maestro italiano, se refiere solamente al sentido de "juicio" que se le confiere, al hacerla una etapa obligada del conocimiento "lógico" del hombre.

Demasiado sabemos que Croce ha insistido hasta la saciedad, y en diversas obras suyas, en que la intuición artística no tiene "carácter conceptual". Una breve transcripción nos servirá para defensa de su autor; (*Breviario*, pág. 28) "... al definir el arte como intuición se niega que tenga carácter de conocimiento conceptual. El conocimiento conceptual, en su forma pura, que es la filosófica, es siempre realista, porque trata de establecer la realidad contra la irrealidad o de rebajar la irrealidad, incluyéndola en la realidad como momento subordinado a la realidad misma. Pero intuición quiere decir precisamente

indistinción de realidad e irrealidad, la imagen en su valor de mera imagen, la pura idealidad de la imagen. Al contraponer el conocimiento intuitivo y sensible al conceptual o inteligible, la estética a la ética, se trata de reivindicar la autonomía de esta forma de conocimiento, más sencilla y elemental, que ha sido comparada al sueño, al sueño y no al sonido, de la vida teórica, respecto de la cual la filosofía ha sido comparada a la vigilia”.

Por otra parte, Croce ha tratado de desvincular la vida práctica de la intuición poética, en su teoría del “sentimiento contemplado”, que ha sufrido ya el valor de la *catarsis* sobre las turbias pasiones.

Cierto es que el hombre debe estar todo en su obra de arte, que ella debe ser hija de una *persona* que piensa, que siente, que sueña, pero la *intuición lírica* es una síntesis pura de todos aquellos estados, clarificados en la “intuición - expresión”. Su *Breviario de Estética* y su *Aesthetica in nuce* evidencian el pensamiento del gran filósofo, que nos parece exacto, si no diera lugar a dos consideraciones: la primera, respecto al “sentimiento contemplado”, tan exacta en cuanto a la interpretación lírica de las emociones, contiene en la filosofía idealista de Croce el peligro de negar toda objetividad a la belleza. Y creo que es éste el verdadero pensamiento de su autor, para ser fiel consigo mismo. La segunda objeción la hemos formulado ya, en parte. Se refiere a la intuición - expresión que Croce identifica en un solo momento, destacando luego, en la *Aesthetica in nuce*, un tercer estadio: la “comunicación” o realización de la obra artística, la cual está vinculada estrechamente con la técnica.

Bien sabido es que ésta no es más que un instrumento, en manos del artista, y que el artista no puede tener su obra “expresada” toda, antes de realizarla de modo que la “expresión” no puede identificarse con la “intuición”, sino que es el medio de lograr la realización “exterior” —diremos— de la obra de arte.

Por otra parte, Croce admite un *a priori* de la belleza, existente en las obras de arte, pero sin existencia en un “mundo superurano”. Y, si bien no vamos a sostener la existencia de la “idea” platónica, en ese mundo perfecto, no podemos negar que el sentimiento artístico que nace en nosotros, no corresponde exclusivamente a nuestro espíritu, sino que tiene origen en una realidad exterior, de la cual captamos —no el ser— sino las cualidades.

Ahora bien, la negación del *a priori* de la belleza, niega asimismo,

que ésta sea un trascendental divino. Pero ¿se puede hablar de “espíritu” sin reconocer la existencia del “Espíritu”, con mayúscula, es decir, la suposición de un Dios personal, o de la Naturaleza (el Cosmos todo) convertido en Dios?

Los filósofos idealistas, que niegan la vinculación de la estética con la metafísica, caen en el “panteísmo”, confesado o no, es decir, no pueden evitar la metafísica —más aún— una metafísica que permanece muda ante apremiantes preguntas del espíritu.

¿Por qué no hemos de reconocer que la “intuición artística” nos ha sido dada por Aquél que nos creó a su imagen y semejanza, para que fuéramos *creadores* como él?

Admitir el espíritu, como formándose por “arte de magia” a sí mismo, nos llevaría a las sutiles disquisiciones de Max Scheler (*El puesto del hombre en el Cosmos*), para arrastrarnos de nuevo en un panteísmo brumoso, del cual se salvó, en parte, Plotino, gracias a la fuerza con que su espíritu clamaba por un verdadero Dios.

Una última sugerencia: ¿Podríamos decir que el *éxtasis* de la contemplación de la belleza, súbito, novedoso y gozoso, se puede identificar o comparar siquiera con un conocimiento “auroral” de la humanidad, reproducido por el niño y por el salvaje? (¿Los bestiones de Vico, por ejemplo?).

Los que tengan experiencia de su maravillosa plenitud, no podrán admitirlo, a menos que se traslade esa humanidad naciente, al Paraíso perdido, antes de la *culpa*, como ya hemos sugerido.

Entonces sería probable que Croce tuviera toda la razón y que coincidiéramos con él en la apreciación de la intuición estética, ya que el goce que ella proporciona, y la libertad en que se maneja, nos libera de toda carga real, haciéndose sentimiento comunicable para todos los que penetren en su “gracia” lírica.